

Atraso y Modernización de la Economía Europea Durante los Siglos XIX y XX

Gianni Toniolo

1. Cuando el verano pasado acepté la amable invitación para participar en este Congreso, estaba lejos de prever la aceleración que la historia iba a experimentar en Europa.

Las conexiones entre los acontecimientos que estamos presenciando y las cuestiones sobre los cambios sociales y modernización que se debatirán aquí son demasiado evidentes. Sin embargo, no caeré en la tentación de hacer una disertación y, Dios nos libre, una interpretación histórica de unos fenómenos que son imposibles de "modelar" con un número de variables limitado y que aún están forjando su impredecible final.

Por consiguiente, voy a ceñirme a la tarea que en este Congreso se ha asignado al historiador económico e intentaré ofrecer una breve visión de conjunto de la expansión del "crecimiento económico moderno" desde Inglaterra hasta los países menos desarrollados de la Europa continental. Ahora bien, no voy a ignorar por completo el tema general del Congreso: el cambio político y social permanecerá como telón de fondo y aquella parte del auditorio que asista al final de mi intervención tendrá oportunidad de conocer algunos de mis puntos de vista, la mitad de ellos probablemente, sobre sus conexiones con el "crecimiento económico moderno".

2. Puesto que existen prácticamente tantas definiciones del término "moderno" como científicos sociales, debo enunciar la mía antes de dar paso a cualquier discusión sobre el tema.

A lo largo de esta conferencia, emplearé la definición de "crecimiento económico moderno" dada por Kuznets «para describir la era actual de aplicación generalizada de la ciencia a los procesos de producción y de organización social» (Kuznets, 1966, p. 487).

La ventaja de este enfoque reside en que el "crecimiento económico moderno" puede identificarse mediante la observación empírica. Según Kuznets, posee las siguientes características: a) elevado índice de aumento de bienes per cápita; b) tasas de crecimiento de población muy superiores a las de siglos premodernos; c) aumento de la renta per cápita debido principalmente a las mejoras en la calidad, no en la cantidad, de los factores de producción, es decir, esencialmente al aumento del saber útil y al desarrollo de instituciones creadas para beneficiarse de él; d) el crecimiento afecta a todos los sectores productivos: la agricultura experimenta transformaciones de gran envergadura, pero el "crecimiento económico moderno", en su forma más típica, se caracteriza por el rápido desplazamiento de la distribución de recursos (mano de obra y capital) hacia el sector manufacturero, que aumenta su participación en la producción total. Por consiguiente, tendemos a igualar desarrollo económico e industrialización.

Todos estos fenómenos no son desconocidos, no obstante, he estimado oportuno hacer una somera referencia al conjunto de variables observables que describen el "crecimiento económico moderno" de Kuznets, con el fin de aclarar los términos que voy a utilizar durante mi intervención. No está en mi ánimo entrar en campos que no domino, sino limitarse al de la historia económica. Pero aún así, como se desprende del título que los organizadores del Congreso me asignaron, el terreno que supuestamente debo abarcar -la economía europea durante los dos últimos siglos- es demasiado extenso para una sola vida de estudio, no digamos para una conferencia. Por ello he seleccionado algunos puntos que, en mi opinión, guardan relación con el tema general del Congreso (las relaciones entre los cambios sociales y la "modernización", cualquiera que sea el significado de este término).

3. No es preciso tener una imaginación prodigiosa para tomar como punto de partida la Revolución Industrial inglesa. Su conexión con ciertos aspectos de la modernización en el ámbito político y social ha sido claramente enunciada no sólo por autores coetáneos, como Adam Smith, sino también por otros estudiosos que han reconsiderado este fenómeno, Marx por un lado y Toynbee (1884), por otro.

El rasgo común que caracteriza esta corriente de pensamiento es que el desarrollo económico en los tiempos "modernos" requiere el fin de regímenes mercantilistas, con su minuciosa normativa y el proteccionismo estatal sobre todos los aspectos de la vida económica. El nuevo paradigma es el vínculo entre la libertad personal, la democracia parlamentaria, según surgió de la "Re-

volución Gloriosa", y el "laissez-faire" económico. De acuerdo con esta perspectiva, como enunció por ejemplo Stuart Mill, no sólo la libertad política y económica «simul stabunt simul cadent», sino que es imposible separarlas y al ser ambas derechos humanos inalienables, el ejercicio de una de ellas es inseparable e indiferenciable del ejercicio de la otra.

La noción de que la libertad personal y la democracia eran condiciones necesarias para el desarrollo económico no era nueva. Tan pronto como los mercaderes, artesanos y prestamistas medievales adquirieron su propio poderío, se lanzaron al establecimiento de nuevas normas para la consecución de sus objetivos económicos, que iban estrechamente ligadas a la creación, en aquellas ciudades que ellos controlaban, de enclaves de democracia política dentro del marco absolutista del Imperio. Y desarrollaron una serie de ideas muy elaboradas sobre la libertad individual y la naturaleza de la autoridad y el gobierno por el que eran capaces de luchar hasta morir. Pero la escala y el alcance del "experimento" de la Revolución Industrial en Inglaterra fueron totalmente diferentes y su éxito varias veces mayor. Por tanto, parecía haber sentado el paradigma que habrían de "seguir" otros países (véase Pollard, 1981; Landes, 1969; Mathias, 1969).

El concepto mismo de "seguidor" da a entender que quienes llegan posteriormente deben volver sobre los pasos del "líder". Su triunfo, patente en la *Chrystal Palace Exhibition* de 1850, no dejaba lugar a dudas sobre la prescripción política: tener éxito. Los países continentales debían adoptar, en la medida de lo posible, las instituciones políticas y económicas inglesas. Y de hecho, este fue el credo que con más fuerza abrazaron la mayoría de los liberales del siglo XIX en países como Italia y España. Constituyó la esencia de sus programas políticos, encaminados a la "modernización" de un país atrasado. El atractivo intelectual del paradigma inglés fue tan irresistible que incluso aquellos, como List, que ya habían concebido la necesidad de que los países atrasados abandonaran la política "laissez-faire" si deseaban alcanzar los niveles de desarrollo, dejaron claro que consideraban dicho abandono como una fase transitoria (el llamado argumento de industria incipiente que siguen aceptando la mayoría de los economistas ante economías dinámicas de producción a gran escala). Se creía que, a su debido tiempo, una vez que el seguidor alcanzara al líder, debía adoptar su planteamiento tanto en materia económica, como en temas más amplios de relevancia social y política.

4. Pero según entendemos hoy el "crecimiento económico moderno", desde la posición ventajosa de una perspectiva secular, la revolución industrial inglesa fue única en lugar de paradigmática.

El desarrollo de la agricultura tuvo un papel primordial, con un incremento en la producción lento pero continuo, debido a la mejora en la rotación de los cultivos y en el aprovechamiento de la tierra cultivable (a este respecto,

los cercados no fueron tan importantes como Marx y la mayor parte de los estudiosos posteriores creyeron). En cuanto a la industria, su desarrollo se basó principalmente, al menos desde mediados del siglo XVIII hasta comienzos del XIX, en la madera y el agua, la pequeña empresa, los descuentos de letras de cambio de bancos regionales. Supuso un aumento lento pero gradual del progreso técnico, del sistema empresarial, de la mano de obra cualificada. En otras palabras, las condiciones económicas y técnicas a partir de las que se dieron los primeros pasos del "crecimiento económico moderno" resultaron ser especialmente propicias para las condiciones políticas, institucionales y sociales de la Inglaterra Georgiana. Esto no significa que dicho crecimiento estuviera libre de tensiones y contradicciones, al contrario, la necesaria redistribución de los recursos trajo consigo un cambio social que transformó primero Inglaterra y después el conjunto de las Islas Británicas más profundamente que la mayoría de los países durante el siglo XIX. La mera referencia a la urbanización evoca la serie de problemas que "el primero en llegar" a la industrialización tuvo que afrontar mientras abría paso al "seguidor". Y, aunque no haya duda que a largo plazo la clase trabajadora consiguió mejorar su nivel de vida, las últimas investigaciones sobre indicadores físicos del bienestar general tales como expectativas de vida y mortalidad infantil aportan nuevos datos que apoyan la hipótesis de que los albores de la industria moderna supusieron un estancamiento económico o incluso un declive del bienestar de los trabajadores (Floud et al., 1988).

Sin embargo, una vez que todo está dicho y hecho, es posible concluir que en Inglaterra la democracia parlamentaria, las instituciones y los valores sociales parecen haber evolucionado -al menos para un historiador económico sin pretensiones- a la par del desarrollo económico, mostrando por una parte la fortaleza suficiente para superar situaciones de tensión derivadas del propio desarrollo y por otra, una notable capacidad de adaptación para dirigir su curso o aceptar los cambios impuestos sobre ellos.

5. Si volvemos sobre los "seguidores" del continente, encontramos que las condiciones para la "modernización" de la economía durante el siglo XIX son significativamente diferentes de aquellas que la hicieron posible y la sustentaron en Inglaterra una o dos generaciones antes.

Entre los múltiples factores que hicieron a la mayoría de los países continentales diferentes de Inglaterra, permítaseme enumerar los que a mi juicio son más relevantes con relación al tema que nos ocupa: a) a excepción de Francia, el continente era más pobre (menos desarrollado) en el último cuarto del siglo XVIII; b) el atraso (subdesarrollo) aumentaba a medida que se avanzaba del noroeste hacia el este y al sur; c) el coste de la llamada infraestructura (carreteras, canales y más tarde ferrocarriles) fue, en conjunto, más elevado que en Inglaterra; d) estos factores se traducían en una mayor dificultad para perci-

bir las oportunidades de crecimiento y los beneficios esperados de la aplicación de la ciencia y la tecnología a la producción; por consiguiente, había menos incentivos para cambiar los modos de vida existentes (en concreto en el seno de la aristocracia) y las instituciones para que se adecuaran al fomento del proceso técnico; e) la existencia de un pionero (Inglaterra) con un floreciente comercio de exportación de bienes manufacturados había levantado una barrera que impedía la entrada en los mercados extranjeros y obligaba al "seguidor" a proteger su mercado interno.

No obstante, el último en llegar también disfrutaba de ciertas ventajas. Por un lado, era más barato tomar prestada la tecnología que desarrollarla; por otro, Inglaterra proporcionaba un muestrario de las ventajas de la industrialización. A primera vista, ambos factores indicaban que el modelo estaba establecido y que los países continentales no podían hacer otra cosa que imitarlo. El paradigma inglés, sin embargo, resultó ser prácticamente inaplicable hubo que emprender caminos diferentes hacia el "crecimiento económico moderno".

De hecho, en algunas áreas del continente se adoptó un modelo de industrialización no muy diferente del inglés; la proximidad geográfica y las similitudes en la dotación de recursos no son elementos desdeñables a la hora de explicar los primeros triunfos en la imitación británica del territorio que en 1830 pasó a constituir el Reino de Bélgica. Pero incluso en esta pequeña zona del continente el "modelo de crecimiento" no fue totalmente británico: si el algodón, el carbón, el hierro y la urbanización ofrecían una imagen inglesa, las finanzas eran distintas. La Société Generale -fundada en fecha tan temprana como 1822 y financiada con fondos públicos- era un modelo de "banco universal" que, al menos a partir de 1830, desempeñó una función importante en el desarrollo del nuevo reino, el cual era la zona más industrializada del continente en 1840 y, en términos per cápita, un seguidor próximo a Gran Bretaña. Pero a pesar de todo, continuaba siendo un pequeño enclave situado en medio de un gran retraso económico.

Francia fue un caso particular que generó una cantidad de investigación importante. A lo largo del siglo XVIII, sus índices de crecimiento per cápita mantuvieron más o menos el ritmo de los ingleses. Fue tal el caso que los estudiosos se han preguntado por qué la "primera revolución industrial" no tuvo lugar en Francia, ya que, ex-ante, ambos países parecían tener idénticas posibilidades de convertirse en pioneros del "crecimiento económico moderno". Hay quien lo achaca a la mala fortuna de la prolongada guerra entre los dos países en un momento crucial de su historia, que repercutió de forma diferente en sus economías. Francia tuvo que librar contienda en tierra, que impuso el reclutamiento masivo y la producción "extensiva" de bienes relacionados con la guerra, de escaso efecto en el progreso técnico y en la productividad. La posibilidad de explotar sus territorios coloniales supuso un freno

adicional al aprovechamiento de las nuevas tecnologías productivas. Inglaterra, por su parte, sufrió una merma mucho menor de mano de obra; la supervivencia de este país dependía del control de los mares y el resultado fue la gran expansión de sus exportaciones a ultramar en los sectores entonces avanzados -en especial, el algodón-, que a su vez, aceleró el progreso técnico de los sectores clave.

Cualesquiera que sean las razones, Francia fue más lenta que Inglaterra en el desarrollo de un sector manufacturado basado en el sistema de fábricas. En conjunto, la empresa francesa mantuvo su pequeña escala durante todo el siglo XIX y parte del XX. Asimismo, los índices de urbanización fueron bajos, y otro tanto ocurrió con el crecimiento de la población. Algunos autores han visto en estos factores síntomas de retraso, pero en realidad la renta per cápita aumentó a lo largo del siglo aproximadamente a la par de la inglesa. En un comienzo, las finanzas fueron diferentes pero tras el experimento del *Credit Mobilier*, los vínculos entre los bancos y las empresas industriales llegaron a asemejarse más al modelo inglés que al del continente. El Estado desempeñó un papel más importante -para bien y para mal- que al otro lado del Canal.

6. Los "últimos en llegar", por ejemplo Alemania, fueron capaces de reproducir sólo hasta cierto punto el crecimiento basado en el agua y la madera. En la mayoría de los sectores productivos no tuvieron otra elección que adoptar la tecnología británica entonces existente, con la necesaria adaptación a la dotación de recursos específica del país. Esto significó una inversión de capital mucho mayor por unidad de producción que en el caso inglés 50 años antes. Y como la acumulación de capital era menor, tuvieron que buscar formas de canalizar los recursos disponibles hacia los sectores manufactureros más prometedores.

Como es sabido, Gerschenkron (1962) mantiene que en los países atrasados del continente hubo que desarrollar nuevos "agentes" de industrialización, a fin de realizar sin demora las tareas que el lento funcionamiento de las fuerzas de mercado fueron capaces de realizar en Inglaterra a lo largo de un período de crecimiento relativamente moderado durante el cual había sido la pionera indiscutible de la industrialización. Entre estos agentes, los llamados "bancos mixtos" han sido considerados especialmente eficaces en zonas de retraso moderado, por ejemplo Alemania, Italia, -en mi opinión, también España- y, en un contexto cultural diametralmente opuesto, Japón. Estos bancos eran capaces, según Gerschenkron, de canalizar un capital y talento empresarial relativamente escasos hacia los sectores más firmes y prometedores. Además, controlando segmentos importantes de los mercados, estaban en una buena posición para asegurar que entre las compañías fluyera la cooperación y coordinación, en lugar de la competencia. Los efectos económicos del liderazgo mantenido por los "bancos universales" pueden resumirse del siguiente modo: a)

en los sectores de tecnología más intensiva tuvo lugar un crecimiento rápido, en particular en Alemania, que permitió que este país fuera el primero en alcanzar a Inglaterra y después, a finales de siglo, adelantarle en la producción de bienes estratégicos como acero, maquinaria pesada, ingeniería eléctrica y productos químicos; b) la producción a pequeña escala fue menos ventajosa al igual que los sectores y áreas en los que prevaleció: por tanto, la industrialización de los últimos en llegar parece estar caracterizada por un crecimiento dualista; c) los mercados financieros mantuvieron un retraso relativo, ya que propiciar la diversificación y especialización iba en contra de los intereses de los "bancos universales", una situación que en cierta medida ha permanecido hasta nuestros días; d) al menos hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, los cárteles y prácticas anticompetitivas similares fueron un rasgo sobresaliente de los "últimos en llegar" centroeuropeos, sobre todo de Alemania.

7. Si nos desplazamos hacia los imperios austro-húngaro y ruso, constatamos que los obstáculos con que se enfrentaba la "modernización" (en el sentido Kuznetsiano antes mencionado) crecían de modo formidable. Por consiguiente, según Gerschenkron, los esfuerzos hechos "desde arriba" tuvieron que aumentar a fin de producir una masa crítica de recursos aunados capaces de dar lugar a la "modernización" entre el atraso existente. Los intermediarios financieros no eran suficientemente sólidos y el estado tuvo que desempeñar un papel mucho más importante que en Alemania y, por supuesto, que en Francia y en Inglaterra.

Las instituciones económicas como la servidumbre supusieron un obstáculo serio. Tuvieron que ser modificadas mediante procesos políticos generados desde abajo (las revoluciones de 1848) o desde arriba (el Acta de Emancipación de 1861, en Rusia). En ambos casos, el estado y los poderes políticos asumieron un papel clave. Como he señalado al comienzo, la mayoría de los autores consideran la libertad individual una condición previa del "crecimiento económico moderno", pero algunos han mantenido que esta libertad no puede imponerse desde arriba a sujetos reacios. «Te ordeno que seas libre» ha sido llamada la "orden imposible" (Romanelli, 1988). Los resultados austriacos y rusos están abocados a ser diferentes.

No todos los autores coinciden al evaluar las funciones del estado y del mercado respectivamente en el desarrollo de Rusia. En mi opinión, lo que puede haber sucedido es que las fuerzas de mercado hayan sido infravaloradas en la interpretación clásica del crecimiento ruso desde Pedro el Grande hasta la NPE y Stalin; ahora bien, es innegable que: a) durante el siglo XIX, hubo importantes avances económicos -y fracasos igualmente estrepitosos; b) el estado actuó como agente notable de la industrialización, tanto creando directamente fábricas e infraestructura como promocionando activamente talentos

empresariales extranjeros y nacionales que de otro modo habrían sido demasiado débiles. Por consiguiente, es posible argumentar, contrariamente a lo hechos, que el desarrollo habría sido más sólido si las fuerzas de mercado hubieran desempeñado un papel más relevante. Pero teniendo en cuenta el caso ruso, es difícil negar que sea posible un "modelo de crecimiento" totalmente diferente del británico en condiciones de retraso extremas. Y es un hecho histórico que Rusia creó fábricas modernas y comenzó su propia andadura hacia la industrialización en un marco social, institucional y político que era, prácticamente en todos los aspectos, el polo opuesto del británico.

8. Está claro que Rusia constituye un caso extremo. Y desde la ventajosa perspectiva actual, es fácil argumentar que no fue especialmente exitoso (aunque se necesitaría cierta competencia desde el punto de vista del historiador económico).

En el polo opuesto se sitúa Japón: entrar a comentarlo sería excederme en los límites, ya de por sí demasiado amplios, de la tarea que se me ha encomendado, pero es evidente que nos encontramos ante una extraordinaria historia de éxito del "desarrollo económico moderno", con unas características institucionales y políticas imposibles de modificar para acoplarlas al paradigma británico.

Entre estos dos extremos tenemos, por ejemplo, a nuestros dos países, España e Italia, definidos -junto con Austria- como «las potencias de la privación» (Trebilcock, 1981). Sus procesos de "modernización" económica no fueron tan brillantes como los japoneses, pero tampoco un fracaso, en concreto se considera el nivel de atraso que presentaban a finales del siglo XVIII y que se mantuvo otros cien años. No es este el lugar para revisar el debate sobre el papel del estado en el fomento o ralentización del desarrollo de los "últimos en llegar" del Mediterráneo; todos sabemos que a pesar (o quizá debería decir, debido a) de la cantidad de literatura sobre este tema, existen opiniones encontradas. Quizá los historiadores tiendan a mantener una visión más favorable de la intervención estatal que los economistas, y tal vez los italianos sean más benevolentes con sus gobiernos del siglo XVIII que los españoles (véase Cafagna, 1973; Toniolo, 1990; Nadal, 1973; Prados de la Escosura, 1988). Lo que conviene recordar aquí es que los primeros pasos del "crecimiento económico moderno" en estos dos países no sólo vieron a los gobiernos adoptar una postura activa en materia económica, sino que -más importante- las instituciones y la política, incluso en que fases más "liberales", no siguieron en absoluto el paradigma inglés.

Aun si admitimos que en estos países «el estado hacía más para obstruir que para despejar el devenir de la economía atrasada» (Trebilcock, 1981, p. 339), dado que el resultado final del "crecimiento económico moderno" está lejos de ser insatisfactorio, nos vemos forzados a pensar que esta obstrucción

no constituía un gran escollo. Esta conclusión es evidente pero no irrelevante: la existencia de tantas historias de éxito económico en contextos institucionales y políticos bien distintos del británico ¿no es una indicación de que éste no suponía una condición previa?

9. A medida que avanzamos en la historia del "crecimiento económico moderno", los débiles vínculos entre su evolución y las instituciones políticas liberales por un lado, y las prácticas "laissez-faire" por otro resultan más evidentes.

En cuanto a los primeros, es fácil evocar los nombres de Primo de Rivera, Mussolini y Hitler. No estoy preparado para definir las dos primeras como «dictaduras de modernización económica» y albergo serias dudas sobre la aplicación de esta definición incluso al nazismo, que económicamente es la que más éxito tuvo de las tres. A pesar de todo, bajo estos regímenes se experimentó un crecimiento económico sustancial. Que fuera debido o a pesar de ellos es irrelevante con relación a mi argumento básico de que el crecimiento capitalista de hecho puede ocurrir bajo los dictadores menos lúcidos. En la misma línea y en un contexto no capitalista, permítaseme recordar que el récord económico de la Unión Soviética bajo el mandato de Stalin es muy respetable incluso tras las revisiones de las estimaciones de producción que han aparecido en la última década.

En cuanto al laissez-faire, sus virtudes comenzaron a apreciarse a partir de la segunda mitad del siglo XIX en Gran Bretaña, donde el crecimiento dependía, más que en ningún otro país, del comercio exterior y la competencia, y en Estados Unidos, país joven y con grandes recursos que necesitaba atraer las mejores energías europeas bajo sus consignas de libertad, individualismo y autonomía. No hay duda de que en Estados Unidos, las instituciones diseñadas para «hacer madurar en generaciones sucesivas una población adulta sin perder la libertad y el entusiasmo innovador y renovador» (Parker, 1988, p.9) resultó ser una gran bendición para la economía, así como una de las principales fuentes de estabilidad social y económica. Pero hasta en los EE.UU. fue imposible superar la severa y prolongada depresión sin precedentes de la década de los treinta ni siquiera con el "laissez-faire" más activo. Un gobierno federal, creado por los padres constitucionales para ser débil, a fin de dejar el máximo espacio posible a las comunidades locales, que podían canalizar las energías del ciudadano hacia el servicio de la sociedad sin trabas burocráticas, tuvo que ser revisado detenidamente a raíz de las innovaciones institucionales del New Deal. La transición de una economía más rica en recursos y con abundante demanda a otra en la que los recursos comenzaron a escasear y la demanda agregada a ser potencialmente débil no podía dejarse únicamente en manos de las fuerzas de mercado. Se llegó al punto de asignar a la política del gobierno el papel de reavivar la confianza del pueblo en el capitalismo,

conteniendo los niveles de desempleo y manteniendo los ingresos de los grupos de ciudadanos desprotegidos.

La experiencia de la década de los treinta cambió radicalmente la función del gobierno en el "crecimiento económico moderno". Tras la Segunda Guerra Mundial, los grandes gobiernos tendieron a fortalecerse en lugar de debilitarse (véase Van der Wee, 1987). Y el récord económico de los últimos complejos cuarenta años del mundo occidental es con mucho el mejor de su historia. ¿Nos habría ido mejor disminuyendo el gasto público y la intervención estatal en los procesos de distribución de recursos? No es posible realizar un experimento controlado y la pregunta debe quedar sin respuesta. Pero dada la magnitud del crecimiento y las transformaciones de nuestras vidas económicas -inconcebible en 1945-, una vez más cabe argumentar plausiblemente que a pesar de los obstáculos que los gobiernos hayan presentado el "crecimiento económico moderno" estos han debido de ser mínimos. Con franqueza, la idea de que un Japón más "liberal" podría haber logrado mejores resultados de los obtenidos en materia económica desafía la imaginación más portentosa de un historiador económico, acostumbrado como está a considerar muy respetables a largo plazo índices de crecimiento anual entre 1 y el 2%.

10. El "crecimiento económico moderno", según lo definió Kuznets en función de variables agregadas, es susceptible de seguir modelos con diferencias muy pronunciadas, incluso desde un enfoque estrictamente económico. Los llamados "sectores clave" -si es que existen- varían de acuerdo con el tiempo y la dotación de recursos, el papel del comercio exterior puede aumentar o ser desdeñable, la importancia relativa de la pequeña empresa puede disminuir o no al aumentar el PIB, las pautas de consumo varían considerablemente en los distintos casos, igual que los índices de acumulación y sus fuentes. Es probable que, a su vez, cada uno de estos aspectos influya en el comportamiento social y en el camino hacia la "modernización social" (cualquiera que sea su significado) y que se vea afectado por ella.

En general, las instituciones y variables sociales tienen su importancia, aunque no siempre esté clara la dirección de la causalidad. ¿Los "beneficios potenciales del crecimiento" dan lugar a instituciones más aptas para reducir la transacción y los costos sociales de estos logros?, ¿o es más frecuente que las instituciones eficaces en la reducción de costos produzcan beneficios potenciales en el crecimiento? Personalmente creo que es imposible generalizar y que sólo el estudio de casos históricos concretos tiene la respuesta, a pesar de que se formen círculos virtuosos (y viciosos) que convierten el estudio de la causalidad en una labor terriblemente compleja. He hecho un esbozo de la complejidad y de lo poco resuelta que está la discusión sobre el tema específico de la función del estado -la institución principal, pero en absoluto la más importante- en la promoción del "crecimiento económico moderno".

Hasta la fecha, los recientes acontecimientos vividos en la Europa del Este me plantean más dudas de las que ya tenía sobre las relaciones entre los sistemas sociales y la modernización. El socialismo real ha resultado ser un fracaso económico durante los años setenta y ochenta. La acumulación de pruebas no deja resquicio de duda, aunque se precise un conocimiento científico sobre estos países, y aunque no esté profesionalmente cualificado. Los niveles de desarrollo y organización económica anteriores a 1939 eran muy diferentes entre los países que en general hoy conocemos como Europa del Este. Checoslovaquia y Hungría tenía unas economías pequeñas y abiertas, bastante florecientes, sustentadas por la acumulación de capital y una burguesía emprendedora. En estas condiciones, era altamente probable que una intervención estatal muy pronunciada -no digamos un régimen comunista- produjera un retroceso, en lugar de un avance económico. Pero ¿puede decirse otro tanto de Polonia o Bulgaria, por ejemplo? Independientemente de la respuesta, la pregunta es legítima desde la perspectiva económica aunque no lo sea tanto desde la perspectiva más básica de los derechos humanos.

La realidad es que ni el capitalismo ni el socialismo, como tales, poseen un récord histórico convincente en el "crecimiento económico moderno". Ahora bien, la pobre actuación de la Europa Socialista no nos permite ignorar los fracasos de las economías capitalistas en América Latina y África, incapaces de satisfacer las necesidades básicas de sus habitantes. Los 450 millones de habitantes del continente negro producen -tanto en contextos capitalistas como socialistas- prácticamente lo mismo que los 10 millones de población belga (World Bank, 1989).

Doscientos años después de su nacimiento en Inglaterra (y Francia) debemos admitir que el "crecimiento económico moderno" continúa siendo bastante limitado geográficamente. El hecho es que depende de una mezcla de factores económicos y no económicos cuya probabilidad de ser alcanzada es escasa. En Europa Occidental y en América del Norte, una curiosa armonización de capitalismo, democracia e intervención estatal fue capaz de crear fuertes incentivos para conseguir la eficacia económica, al tiempo que limitó las extremas consecuencias de la desigualdad y en consecuencia mantuvo el consenso social imprescindible del sistema. En los pocos países asiáticos que fueron capaces de modernizarse, el consenso social quizá dependiera de otros factores de difícil comprensión para una mente occidental. De todas maneras, seguimos hablando de un número reducido de casos. Y mientras esté reducido número de países se encuentra en el umbral de su era postmoderna, la mayor parte de la población mundial continúa intentando comenzar el largo recorrido de alguno de los posibles caminos hacia el "crecimiento económico moderno". Dado que los beneficios de este crecimiento son tan obvios como bien conocidos, el fracaso del Tercer Mundo para desarrollarse, bien en una línea

socialista o capitalista, muestra que todavía hoy la modernización de la economía resulta ser una tarea mucho más complicada que la simple elección entre un sistema y otro, entre el laissez-faire y la intervención estatal.

Referencias

- R. CAMERON (1989). *A Concise Economic History of the World*, Oxford.
- R. FLOUD, A. GREGORY y K. WACHER (1989), *The Heights of the British, 1750-1914*, Cambridge.
- A. GERSCHENKRON (1962), *Economic Backwardness in Historical Perspective*, Cambridge, (Mass.).
- S. KUZNETS (1966), *Modern Economic Growth*, New Haven.
- D. LANDES (1969), *The Unbound Prometheus*, Cambridge.
- P. MATHIAS (1969), *The First Industrial Nation*, London.
- W. PARKER (1988), *Understanding Productivity: The Ways of Economics and of History*, A.C. Davidson Public Lecture.
- S. POLLARD (1981), *Peaceful Conquest: The Industrialization of Europe 1760-1970*, Oxford.
- L. PRADOS DE LA ESCOSURA (1988), *De Imperio a Nación*, Madrid.
- R. ROEL (1983), "Britain and European Industrialization: Pathfinder Pursued?", *Review* (VI), pp. 455-473.
- R. ROMANELLI (1988): *Il comando impossibile. Stato e società nell'Italia liberale*, Bologna.
- N. ROSENBERG, L. BIRRDZELL (1986), *How the West Grew Rich*, New York.
- G. TONIOLO (1990), *An Economic History of Liberal Italy, 1850-1918*, London.
- A. TOYNBEE (1864), *Lectures on the Industrial Revolution*, Oxford.
- O. TREBILCOCK (1981), *The Industrialization of the Continental Powers, 1780-1914*, London.
- H. VAN DER WES (1987), *Prosperity and Upheaval. The World Economy 1945-1980*, Harmondworth.
- WORLD BANK (1989): *Sub-Saharan Africa: From Crisis to Sustainable Growth*, Washington D.C.